

## PRÓLOGO

### AL LIBRO VEINTE



MEMORIA QUEDÓ EN LAS DIVINAS LETRAS (cristiano lector) de que aquel valeroso capitán de los ejércitos de Dios, Judas Macabeo, estando una vez para dar batalla a los enemigos del pueblo de Dios, viendo que los contrarios eran muchos y muy poderosos, esforzando y animando a los suyos, les dijo:<sup>1</sup> acordaos cómo fueron salvos nuestros padres. Como si les dijera: ¡oh!, mis connilitones, valerosos capitanes y soldados de los ejércitos de Dios, que siempre en la virtud divina habéis sido vencedores, acordaos cómo se salvaron nuestros padres y antepasados, cómo se esforzaron, cómo varonilmente pelearon contra sus enemigos y nuestros. Palabras muy dignas de ser traídas y aplicadas a nuestro propósito, y de que nos debemos acordar; pues peleamos cada momento en la batalla espiritual, según lo que dice el Santo Job.<sup>2</sup> La vida del hombre es batalla sobre la tierra. Debemos, pues, traer a la memoria y ver cómo salvaron sus ánimas estos benditos padres y religiosos cuyas vidas aquí tratamos. Cómo esforzadamente pelearon contra sus enemigos espirituales, mundo, demonio y carne. Vencieron al mundo, primeramente, tomando el hábito de religión y huyendo de en medio de Babilonia y salvando sus ánimas, según el consejo de un profeta. Secundariamente, dejando y menospreciando su tierra y patria, la casa de sus padres,<sup>3</sup> toda su parentela, amigos y conocidos; pasando todo el mar océano, con mucho riesgo y peligro de sus vidas; viniendo a tierras remotísimas e incógnitas, al principio de su descubrimiento y entre gentes bárbaras. Cumplieron bien aquel mandato divino, hecho al santo patriarca Abraham:<sup>4</sup> Sal de tu tierra y de tus parientes y de la casa de tu padre y ven a la tierra, que yo te mostraré. Triunfaron del demonio, resistiendo sus gravísimas tentaciones. Supeditaron también su carne, sujetando la sensualidad a la razón, con ayunos, disciplinas, oraciones y otros ejercicios corporales y espirituales; que pudieron decir, con San Pablo:<sup>5</sup> Castigamos nuestros cuerpos y hémoslos hecho servir al espíritu; ¿por qué?, porque predicando a los otros no seamos hechos malos.

Según San Bernardo, de tres cosas nos hemos de acordar en las vidas de los santos. La primera es del buen ejemplo que nos dieron con su vida,

<sup>1</sup> 1 Mach. 4.

<sup>2</sup> Job 7.

<sup>3</sup> Jer. 51.

<sup>4</sup> Genes. 12.

<sup>5</sup> 1. Ad Cor. 5.

mientras vivieron en este mundo. La segunda, de cotejar nuestra vida con la suya, para nuestra confusión. La tercera, de cómo nos favorecen ahora delante de nuestro señor Dios, en la gloria. Cuanto a lo primero, de ellos se puede decir aquello que el glorioso Pablo decía a los filipenses: Resplandecéis entre la nación mala y perversa, así como lumbreras en el mundo. ¿Quién podrá explicar al resplandor de las virtudes de estos santos padres? ¿Su fe, esperanza, amor de Dios y del prójimo? ¿Su justicia en dar a cada uno lo que es suyo? ¿Su fortaleza, en las adversidades de esta vida? ¿Su humildad entre las honras del mundo? ¿Su paciencia en las persecuciones? ¿Su abstinencia entre tanta abundancia de manjares? ¿Su oración, devoción, meditación y contemplación, entre tantas ocupaciones exteriores? ¿Su prompta obediencia y su pobreza, entre tantas ocasiones? ¿Su continua peregrinación, en tan largos y ásperos caminos? Fueron estos siervos de Dios tan consumados en la vida activa y contemplativa, que de el cuidado que tenían de los ejercicios de la una vida y de la otra, se puede decir aquello de Job:<sup>6</sup> Si durmiere diré: ¿Cuándo me levantaré? Y otra vez esperaré la tarde. Que es decir que cuando estaban en el sueño y quietud de la contemplación divina, estaban con cuidado, cuando se levantarían de ella para ir a ocuparse en los ejercicios de la vida activa y caridad del prójimo, como es bautizar, predicar, enseñar la doctrina cristiana, confesar, casar y hacer otros ejercicios semejantes. Y estando ocupados en ellos estaban otra vez con cuidado de que llegase la tarde para recogerse a los ejercicios de la vida contemplativa. ¡Oh!, bienaventurados padres, siervos de nuestro Señor, dechado de toda virtud, lumbreras que resplandecieron en el mundo, como hachas encendidas en el amor de nuestro señor Dios y del prójimo. ¡Oh! cómo les pareció que a ellos les fue mandado, después de los santos apóstoles, aquello del evangelio:<sup>7</sup> Iréis por todo el mundo y predicaréis el evangelio a toda criatura. Y para dar ejemplo a sus siervos confiesa el propio redemptor que para esto nació y vino al mundo, para dar testimonio de la verdad;<sup>8</sup> esto es, para promulgar la ley evangélica y dar entera noticia de la fe a los hombres, mediante la cual se salvasen. Pues así, a imitación de Cristo nuestro redemptor, estos siervos suyos, cuyas vidas aquí tratamos, con ferventísimo celo, deseaban convertir a la fe de ese mismo Señor a los incrédulos, ganar las almas perdidas, encaminar las descarriadas, doliéndose de las ofensas que a Dios se hacían; y si tuvieran mil vidas, las pusieran todas por la salvación de una ánima pecadora.

Lo segundo, nos hemos de acordar de cotejar nuestra vida con la de estos santos, para confundirnos; porque cierto gran confusión nuestra es ver que estos santos religiosos fueron hombres como nosotros, formados de la misma carne y huesos, sujetos a las mismas miserias y flaquezas y que tanto nos excediesen en toda virtud, en el amor de Dios y del prójimo, en la penitencia, en la estrecha pobreza de sus personas y en todo lo demás que hicieron, así en la prompta obediencia que tuvieron a sus mayores, como

<sup>6</sup> Tob. 6.

<sup>7</sup> Marc. ult.

<sup>8</sup> Ioan. 18.

en la observancia de los preceptos y consejos del evangelio y nuestra regla.

Lo tercero que hemos de traer a la memoria es su favor, haciendo la de como nos favorecen ante el acatamiento divino, rogando a Dios por nosotros. Si mientras vivieron en este mundo cargados con la pesadumbre de la carne y ocupados con tantos cuidados fueron tan solícitos en rogar a Dios por nosotros y tuvieron tanto cuidado de nuestra salvación, ahora que están libres, así de la carne corruptible, como de todo negocio temporal, ¿con cuánto más cuidado y amor acudirán en la gloria a rogar a Dios por nosotros?

Y es de advertir que en las memorias de estos siervos de Dios los llamamos santos; no porque de nuestra autoridad los queramos canonizar, que esto pertenece solamente a la santa Iglesia romana y a su cabeza el sumo pontífice, mas sólo por la opinión y fama que dejaron de santidad; como San Pablo en muchas de sus epístolas llama santos a los nuevos creyentes que reciben la fe. Y si la santidad de estos perfectos varones no fue confirmada con la frecuencia de milagros que de los santos canonizados y de otros que aún no lo son, leemos: esto no se debe atribuir a la falta de sus merecimientos, sino a que nuestro señor Dios no ha querido hacer por sus siervos en esta tierra y nueva Iglesia los milagros que fue servido de hacer en la Iglesia primitiva, y después acá también en otras partes del mundo. Y la causa sólo su divina majestad la sabe (como en otra parte decimos).<sup>9</sup> Mas rastreando con nuestro bajo entendimiento podemos dar algunas razones de ello. Y es la primera, que no fueron menester pues el evangelio de Cristo se recibió sin alguna contradicción, predicado por sus ministros, que es uno de los milagros y condiciones de la venida de el hijo de Dios al mundo (como allí decimos) y que no poca santidad arguye en ellos, pues bastó su vida inculpable sin otros milagros, para atraer a la fe los ánimos indómitos de aquestos gentiles, viendo en su vida la doctrina que predicaban. La segunda razón es que así como Dios ablandó con milagros la arrogancia y dureza de las primeras gentes que trajo a la fe, así quiso fortificar la ternura de estos flacos indios con sólida doctrina y ejemplos de vida, de los que se la predicaron, sin otras maravillas exteriores con las cuales pudiera ser (según su flaqueza) que tuvieran a los hombres por dioses o no en tanto las virtudes; y de esta manera, tuvieran a ser antes dañados que aprovechados; porque como San Agustín dice en el libro de las cuestiones, la razón porque no todos los santos y predicadores del evangelio hacen milagros, es porque los enfermos y flacos no sean engañados de perniciosísimos errores, creyendo haya en los tales milagros mayores bienes y virtud que en las obras de justicia que son las virtudes, con las cuales se compra la vida eterna. La tercera razón es que proveyó Dios sapientísimamente al peligro en que podían caer los promulgadores de la ley evangélica de estos tiempos, por no ser ellos tan santos como lo eran los apóstoles, ni estar confirmados en gracia, como ellos, viendo se hacían milagros por

<sup>9</sup> Supra lib. 15. cap. 46 et lib. 16. cap. 1.

ellos. Y así, dando nuestro Señor a todos seguros remedios ha hecho tan admirables cosas, y tan excelentes en esta nueva Iglesia como las hizo en la primitiva y en alguna manera mucho mayores. Porque mayor milagro es haber traído a tanta multitud de idólatras al yugo de la fe cristiana sin milagros que con ellos; que es lo que dijimos en la parte que arriba citamos. Mayor milagro es resucitar un alma muerta por el pecado y serle causa de eterna vida, que resucitar un muerto en el cuerpo que tarde o temprano ha de tornar a morir; porque por lo primero se hizo Dios hombre y murió, y lo segundo no le cuesta más que querer darle vida. Como se vido en el hijo de la viuda de Naín y en la resurrección de Lázaro y otras muchas. Mayor milagro es curar y sanar un vicioso de la enfermedad de un pernicioso vicio que un enfermo del cuerpo. ¿Quién no se admirará de ver gente tan desenfadada en vicios carnales, como lo era ésta, antes que recibiese la fe católica, que se temple ahora y se abstenga, no sólo de los ayuntamientos ilícitos, mas también de los lícitos conyugales, por sola virtud? ¿A quién no pondrá espanto ver una gente, la más cruel del mundo, pues se mataban unos a otros sin ocasión alguna y se sacrificaban a sí mismos a los demonios, y se sacaban para esto su propia sangre con grande inhumanidad, que se traten el día de hoy con mucha paz y benevolencia y se ayuden y hagan bien los unos a los otros, como si fuesen hermanos? Otras razones hay para confirmar lo que aquí vamos probando, mas éstas bastan por ahora. Aunque a la verdad no faltaron algunos milagros, como en su lugar dijimos, con que nuestro Señor corroboró los flacos pechos de los nuevos creyentes y declaró la santidad de sus siervos, como se podrá ver en el discurso de sus vidas. Y si yo quisiera levantar mi bajo estilo en decir las alabanzas de estos apostólicos padres, bien sé que no pudiera llegar a poner sus loores en el propio y necesario que merecen; porque son los que adornan, hermocean e ilustran nuestra religión seráfica en estas partes de las Indias y las otras del mundo, adonde llegare su fama. Y confieso que no es labor de mis manos pintar sus excelentes obras, sino del auxilio y favor divino, en el cual confío hará mi estilo rudo, claro e inteligible, y lo que va sin orden, concertado, declarando con palabras llanas y verdaderas (que en materia tal no caben otras) lo que he podido sacar a luz, con mucho trabajo mío y relaciones de religiosos antiguos y otras personas fidedignas y de verdad, lo que en el presente escribo, causando en esta obra la dilación del tiempo que se quede lo más por decir, por haber llegado tarde a tratar de tan esencial materia y no haber más rastro de ella, de el que suele quedar de un famoso y sumptuoso edificio antiguo y estragado que cuando mucho se parecen de él algunas reliquias de piedras quebradas, sueltas y esparcidas por el sitio. Nómbranse aquí los pueblos de donde fueron naturales y las provincias de donde vinieron; porque no es justo quitar esta honra a las patrias, que tan buenas plantas produjeron; y de los que no se supo se calló, porque en todo se tuvo cuenta con seguir la verdad, y así en este libro veinte se ponen las vidas de los claros varones y apostólicos obreros de esta nueva conversión, que acabaron en paz, con muerte natural. Y en el veinte y uno y último que se sigue se contarán las muertes

de los que las recibieron por la predicación del santo evangelio y confesión del nombre de nuestro salvador Jesucristo y de su santa fe católica, porque se proceda con más claridad.



